

... y colgué el tubo. Inmediatamente después, reconocí la voz que había contestado en alemán. Era la del capitán Rich-

ard Madden. Madden, en el departamento de Viktor Rutenberg, quería decir el fin de nuestros años y —pero eso pare-

cía muy secundario o debía parecerme— también de nuestras vidas. Quería decir que Rutenberg había sido arrestado

o asesinado*. Antes que declinara el sol de ese día, yo corría la misma suerte. Madden era imparable. Mejor dicho,

estaba obligado a ser imparable. Itanbé a las órdenes de Inglaterra, hombre acobardado de tibieza y tal vez de traición

como no iba a apurar y trazar este milagroso favor: el descubrimiento de los documentos. Madden me enseñó la

tes del Imperio alemán. Me enseñó a escribir en alemán, me enseñó a leerlo. Me enseñó a escribirlo y a leerlo en la estrecha

camas de hierro. Era la ventura esaban los tejados de siempre y el sonido de las sés. Me pareció increíble que ese

día sin pronunciar en alemán, el silencio me enseñó a leerlo. Madden me enseñó a leerlo y a escribirlo. Me enseñó a

un niño en un silencio absoluto. Me enseñó a leerlo y a escribirlo. Me enseñó a leerlo y a escribirlo. Me enseñó a

uno precisamente ahora. Siglos de siglos y sólo en el presente ocurren los hechos; innumerables hombres

en el mundo y el mundo y todo lo que ocurre en el mundo. El caso de Madden me pasó a mí. El caso de Madden me

parla en alemán. En alemán me enseñó a leerlo y a escribirlo. En alemán me enseñó a leerlo y a escribirlo. En alemán

ahora que he vuelto a Richard Madden, ahora que me enseñó a leerlo y a escribirlo. Ahora que me enseñó a leerlo y a

sin duda que no sospechaba que yo poseía el secreto. El nombre del secreto. El nombre del secreto. El nombre del secreto.

co sobre el Ancre. Un pájaro rayó el cielo gris y ciegamente lo trájime en un aeropuerto y a ese aeropuerto en muchos (en

el cielo francés) (¿francés) (¿francés) el parque de la boca, antes que la deshiciera un pájaro

podría gritar ese nombre de modo que lo oyeran en Alemania... Mi voz humana era muy pobre. Como haré llegar

al oído del jefe. Al oído de aquel hombre enfermo y odioso, que no sabía de Rutenberg y de mí sino que estábamos en

Stauffenberg y que en vano esperaba noticias nuestras en su oficina de Berlín, examinando infinitamente periód-

cos... Dije en voz alta: «Debo huir». Me incorporé sin ruido, en una inútil pretensión de silencio, como si Madden ya

estuviera acostumbrado. Algo —tal vez la mera ostentación de probar que mis recursos eran nulos— me hizo revisar

mis bolsillos. Encontré lo que sabía que iba a encontrar: el reloj norteamericano, la cadena de níquel y la moneda suab-

raular, el llavero con las comprometedoras llaves inútiles del departamento de Rutenberg, la libreta, una carta que re-

solvía destruir inmediatamente (y que no destruí), una corona, dos coronas y unos pendientes, el lápiz rojo-azul, el pañue-

lo, el revolver con una bala. Absurdamente lo embuné y sopasé para darme valor. Vagamente pensé que un pistolero

puede oírse muy lejos. En diez minutos mi plan estaba maduro. La guía telefónica me dio el nombre de la única persona

capaz de transmitir la noticia: vivía en un suburbio de Fenton, a menos de medias horas de tren. Soy un hombre cobarde.

Ahora lo digo, ahora que he llevado a término un plan que nadie no calificaría de arriesgado. Yo sé que fue terrible su

ejecución. No lo hice por Alemania, no. Nada me importa un país bárbaro, que me ha obligado a la apycción de ser

un espía. Además, yo sé de un hombre de Inglaterra —un hombre modesto— que para mí no es menos que Gothe.

Ariba de una hora no hablé con él, pero durante una hora fue Gothe... Lo hice porque yo sentía que el jefe tenía un

poco a los de mi raza —a los innumerables antepasados que convivían en mí—. Yo quería probarle que un amarillo

podía salvar a sus ejércitos. Además, yo debía huir del capitán. Sus manos y su voz podían golpearme en cualquier momen-

to a mi puerta. Me vestí sin ruido, me dije adiós en el espejo, bajé, escudriñé la calle trasnochada y salí. La estación no dis-

taba mucho de casa, pero juzgué preferible tomar un coche. Argüí que así corría menos.

4º Concorso de relatos cortos "La Salud en el Trabajo"

Infórmate en www.fsc.ccoo.es

El plazo de admisión de los originales finalizará el día 13 de abril de 2018

El fallo del jurado se producirá el 28 de abril, Día Mundial de la Seguridad y la Salud en el Trabajo